

y del clero; la riqueza era un crimen tan digno del cadalso como la cualidad de noble ó de sacerdote. Despues de la caida de Robespierre y de los Jacobinos, despues de la man-
tanza de las secciones de París que simpatizaban con la monarquía y que se habían insurreccionado contra la Convencion, ejecutada por los cañones en Bonaparte (entón-
ces ya estaba permitido derramar la sangre de los ciudada-
nos), pudo levantarse de nuevo el tercer estado. Sobrevino en seguida el establecimiento del Directorio. Despues de su corta duracion seguida por las diversas fases del consulado de Bonaparte que le sucedió, volvieron los Franceses con el auxilio del sufragio universal á la monarquía; pero bajo una nueva forma, la del imperio absoluto, puesto que Bonaparte, como él mismo lo dice en sus Memorias, no quiso aceptar el puesto que le ofreció Sieyes despues de la caida del Directorio, la de un llamado «Proclamateur electeur,» es decir, de un soberano constitucional (sombra descarnada de un rey holgazan). Como se ha reproducido la misma marcha de los acontecimientos bajo el imperio de Napoleón III, puede admitirse que no conviene á los Franceses otra forma de gobierno que la del imperio absoluto. Siete millones y medio de Franceses aprobaron el golpe de Estado de 1852, y mayor número aún se han pronunciado despues en favor del imperio, y siquiera tuvieron en cuenta que apenas habían trascurrido cuatro años desde que el sufragio universal había establecido una nueva Asamblea legislativa democrática. No se sublevó la conciencia popular contra la república, cuando en Junio de 1848 venció el general Cavaignag en una batalla de tres dias al populacho insurrecto, y ménos aún cuando en 1852 ametralló el general Canrobet al pueblo que quiso protestar contra el golpe de Estado. Un gobierno ilegítimo, que ha recibido sus derechos del pueblo, puede en nuestros dias prometerse grandes cosas, pero cuando este gobierno es legítimo, se considera como un crimen toda medida algo enérgica tomada para su propia seguridad, de lo cual hizo la experiencia Carlos X. Este y sus ministros, dice Goethe, se perdieron cuando al entrar en el gobierno proclamaron la libertad de la prensa, pues al poco tiempo no tuvieron más remedio que abolirla. Esta disposicion y algunas otras de las famosas ordenanzas de Julio en 1830, no se hallaban en contradiccion con la Carta, sino que por el contrario, «estaban completamente justificadas

por el art. 14, que daba al rey la facultad de tomar las medidas necesarias para la seguridad del Estado; y es naturalmente necesario que un artículo de esta índole se halle en la constitucion de todo Estado monárquico para asegurar su estabilidad. Pero á consecuencia de estas ordenanzas fué destronado el rey por un alzamiento popular, de donde surgió la revolucion de Julio, preparada de antemano con arreglo al plan formado por jefes superiores, á pesar de la inviolabilidad de la persona del rey garantida por la Carta. Entre los más ardientes enemigos de los Borbones, se hallaban los burgueses, que creían poco favorecidos sus intereses por el gobierno, y todos los que odiaban el apoyo que éste prestaba á la autoridad de la Iglesia (única que podía mejorar la situacion social de Francia). La oposicion contra los Borbones era el verdadero objeto de la sociedad «ayúdate y Dios te ayudará,» fundada ya en el 1824, y que reuniendo en su seno á todos los hombres de la oposicion, contribuyó poderosamente á que estallase la revolucion de Julio. A principios del año 1830, estaba ya en relacion con las sociedades que se habían formado en las provincias, y probablemente con la gran coalicion de los *carbonarios* que se proponían tambien derribar á los Borbones. El mismo duque de Orleans no parece era ageno á estos manejos. Existía un comité directivo revolucionario. Rodeado Carlos X de enemigos lo mismo dentro que fuera de la Cámara de los diputados ¿debía sacrificar la monarquía sin hacer resistencia?

En 1829 eligió un ministerio que estaba de acuerdo con él en que era necesario no hacer más concesiones al principio democrático. La Cámara se declaró contra ellos en la célebre exposicion de *los doscientos veintiuno*, y si bien fué disuelta aquélla, fueron de nuevo elegidos los doscientos veintiuno. Los ministros se expresaron en un mensaje en estos términos: «Una democracia turbulenta que ha penetrado hasta en nuestras leyes, se esfuerza por sustituir á los poderes legítimos. Dispone de la mayoría de los electores y cuenta con el auxilio de los periódicos y de otros elementos. Ha paralizado, hasta donde le ha sido posible, el ejercicio de las prerogativas esenciales de la Corona, y particularmente el derecho que ésta tiene para disolver las Cámaras.» Como resultado de este mensaje, se dieron las ordenanzas de Julio. Luis Felipe, que poseía la confianza de la clase media,

fué, como sabemos, proclamado rey por cierto número de miembros de la Cámara que no tenían mandatado alguno para esto, pero que pretendían apoyarse en la voluntad del pueblo, y consignó la conocida frase de que en adelante la Constitución sería una verdad. En un principio, conduciéndose como un verdadero rey ciudadano, se paseaba por las calles de París con el histórico paraguas en la mano, recibiendo muestras de adhesión de los burgueses; pero estos buenos tiempos duraron poco. La revolución de Julio había dado nuevas formas á la teoría de la soberanía del pueblo, y pronto se echó de ver que Luis Felipe no gobernaba con arreglo á esta teoría. Este creyó que hallaría siempre un apoyo en la clase media y en la guardia nacional de París, pero muy pronto se vió que sólo podía contar con la parte más rica, que era la favorecida en sus intereses por el sistema dominante de la libre concurrencia y tenía miedo á cualquier cambio, mientras que la clase media propiamente dicha, decaía cada vez más, efecto de la preponderancia de los grandes capitales. Al mismo tiempo las ideas democráticas, cuyo germen se hallaba latente en la clase media, la impulsaban á apoderarse del gobierno del Estado; pero Luis Felipe quería gobernar por sí mismo, al ménos indirectamente, por más que no pudiera apoyarse en el verdadero principio de autoridad. Desarrollóse un sistema de intriga y de corrupción que dominaba hasta las elecciones para la Cámara, bajo la influencia del agiotaje que se imponía y ganaba cada vez más terreno. Un periódico de París decía el 3 de Mayo de 1847: «Los ministros no están obligados á sujetarse á la ley de presupuestos, mientras tienen mayoría, es decir, mientras están en el poder; por medio de ellos sacan todos los vampiros su pan de cada día.» En un folleto publicado por aquel tiempo (*Los judíos, reyes en esta época*) la llamada nobleza financiera moderna fué caracterizada como obrando sólo bajo el principio del puro egoísmo: «Cada cual es el prójimo de sí mismo»: el autor añade que la antigua nobleza de sangre ha reconocido los deberes impuestos por el honor. Hacia 1840 apareció un periódico de Alfonso Karr, *Las Abispas*, que pintó el carácter de la época quizá con demasiadas sombras, pero en el fondo con mucha exactitud. Encuéntrense en él los pasajes siguientes: «Desde hace diez años vienen disputándose el poder unos treinta hombres, entre los cuales sólo cuatro ó cinco

son conocidos como verdaderos talentos. Cada cual de éstos tiene una veintena de partidarios que comparten con él su suerte; por consiguiente, tenemos en junto unas seiscientas personas por las que, y para las cuales todo se hace en Francia. Solamente ocho de estos treinta pueden tener el poder al mismo tiempo, y mientras que lo poseen se les llama: gobierno *antinacional, asalariados del extranjero, tiranos, hombres violentos y accesibles á toda corrupción*. Los veintidos que están fuera del poder, se llaman á sí mismos; *grandes ciudadanos, amigos del pueblo, esperanza de la patria, la virtud, el desinterés, el país*; claman contra los abusos que para ellos no tienen otro mal que el de no poder ellos mismos cometerlos. Los ocho que están en el poder, se llenan, así como los suyos, hasta el momento en que caen por tierra, como sanguijuelas repletas. Entónces ocupan sus puestos otros ocho y cambian los papeles. Esperando el pueblo engañado por la ilusión de verse libertado é ilustrado se convierte en humilde servidor de los periódicos. Los frecuentes cambios del ministerio cesaron al fin, porque Luis Felipe conservó se ministro Guizot durante los siete últimos años de su reinado, lo que era completamente contrario á la costumbre. El abogado liberal Odilon-Barrot, ardía en deseos de ser ministro. Llegó el año 1848, y se quiso dar en el discurso de apertura de las Cámaras una lección á los señores diputados del pueblo. La oposición resolvió dar por su parte otra lección más enérgica, y provocar quizá al mismo tiempo un movimiento popular, con la famosa demostración del anuncio de un banquero. El efecto superó al objeto que se habían propuesto, y las masas de proletarios dominaron desde este momento la ciudad de París y depusieron con desden desde, lo alto de las barricadas, á los ministros nombrados Thiers y Odilon-Barrot. Cuando la guardia nacional gritó: «viva la reforma,» perdió el rey todo su valor, y su reinado tuvo un fin digno de su principio, saliendo de París el monarca en un coche de plaza. La democracia proletaria se impuso á la clase media, y el gobierno provisional se vió obligado á admitir en su seno á hombres del pueblo; pero la batalla de Junio, de que ya hemos hecho mención, puso fin á los talleres nacionales, y en general á la dominación del proletariado. Es notable que el primer fruto del sufragio universal, la Asamblea legislativa republicana, fuese compuesta en su mayor parte, si es que no en su ma-

yoría, de legitimistas. La república fué aborrecida muy luego por los campesinos á consecuencia de la elevacion de los impuestos, lo cual ejerció gran influencia para el resultado de la eleccion presidencial. Es muy importante notar que en la Constitucion de Napoleon III, todos los funcionarios públicos quedaron excluidos del cuerpo legislativo.

«Ha pasado ya la época del sistema representativo» esta tésis de un político francés se ha realizado ya en Francia, segun todas las apariencias. En cuanto á los otros estados, no se hallan todavía tan avanzados: «El cesarismo marca en todas partes el fin del progreso:» nosotros asentimos á esta sentencia de un escritor alemán.

Los burgüeses no reinarán más en adelante. El órden social tiene por sosten único y real, no la ridícula acumulacion de códigos, sino el fuerte muro sobre que ondea la bandera de la autoridad. Será necesario que dicha clase renuncie al gobierno, ó mejor dicho, á la destruccion del Estado, etc., (*El Espectro rojo de 1852*). Si Francia debe ser un dia descentralizada, sólo podrá serlo por la verdadera monarquía aliada con la autonomía de los comunes; pero esto no será posible realizarlo al constitucionalismo ni al Imperio napoleónico. Uno y otro tienden por su naturaleza á la centralizacion. Francia estará quizá preservada de una nueva revolucion, en tanto que Napoleon III cumpla su promesa de impedir que la prensa haga una cuarta revolucion; mas, por otra parte, necesita indudablemente unirse al pueblo bajo de París. El proceso criminal de La pommerais, de que tanto se ha hablado, nos parece una prueba que Napoleon no es completamente independiente respecto de ese pueblo: probablemente la demostracion del pueblo del arrabal de San Antonio (de que habla un periódico), ha ejercido una influencia decisiva para la condenacion á muerte del pretendido asesino; y este juicio no hubiera quizá obtenido la sancion imperial, si el ministro de Justicia no hubiera hecho observar al emperador que, sin esto, no sería posible que se ejecutase en adelante á un obrero.

Carecemos de espacio para pintar la actual situacion de Francia. Recomendamos á nuestros lectores el trabajo de Raudot, *La decadencia de Francia*, sobre todo la descripcion de la miseria de los agricultores franceses libertados de las llamadas cargas feudales por la revolucion de 1789; pero arruinados por la division de la propiedad, así como por la

economía, por los usureros y los impuestos. Resume la pintura de su situacion material en estas palabras: «La gran masa del pueblo francés está mal y escasamente alimentada, y su frugalidad no dista mucho del hambre.» Que se compare esta situacion con la vida de los ricos de París (si bien es verdad que muchos de éstos son ricos hoy y pobres mañana), cuyo lujo y frivolidad, con el llamado progreso, social han adquirido el grado más alto donde comienza la decadencia que conduce á la barbarie. Puede juzgarse de la gran miseria que existe al lado de la opulencia, por este hecho, á saber, que un tercio de la poblacion de París (segun una relacion oficial) tiene que ser enterrada gratuitamente.

III.—ALEMANIA.

El Imperio romano-alemán era el prototipo del Estado feudal cristiano y germánico, que en union del pontificado, era conservador y el propagador de la civilizacion en la Europa occidental, y se ha desarrollado, mediante hechos históricos, como expresion del espíritu germánico cristianizado. Esta admirable forma política llevaba á todas partes, en su organizacion variada y gerárquica, el carácter de la autonomía; de suerte que, aunque sometido á la unidad que presentaba el conjunto, conservaba cada miembro una posicion independiente en cierto modo. El principio de la legitimidad servía de lazo al todo; porque el Imperio era el protector de todo derecho legítimo en el antiguo y verdadero sentido de la legitimidad, y no en el que la escuela moderna de los publicistas alemanes expresa por la palabra *Rechtsstaat*, que es el resultado de una abstraccion árida y sin ninguna realidad práctica. Los miembros más poderosos y los más débiles subsistían á la vez en el conjunto. Goethe, en su biografía, ha hecho un excelente retrato de este Imperio. Comienza diciendo que la variada gradacion de las diversas clases sociales desde el emperador hasta el judío, en lugar de separar á las unas de las otras, parecía unir las.

Sobre este punto se explica en los términos siguientes: «Cuando los reyes se sometían al emperador, su derecho de eleccion y los privilegios que adquirían por éste y que conservaban intactos, les daban un seguro equilibrio. La alta